

# EL AVATAR

*Poul Anderson*



El Avatar es la historia del aventurero Dan Brodersen que, a bordo de una nave comercial, parte a la conquista de las estrellas y localiza al Emissary, un antiguo bajel espacial aprisionado muchos años antes cuando regresaba de contactar con una misteriosa raza de extraterrestres conocida por el nombre de Los Otros. Brodersen, atrapado en la inmensidad del espacio y del tiempo, lleva a cabo una desesperada búsqueda de Los Otros, los extraños seres que pueden hacerle regresar al hogar.

## Agradecimientos

LA máquina T no es sólo un fruto de mi imaginación. Su principio básico ha sido descrito por F. J. Tipler en la *Physical Review*, vol. D-9, N.º 8 (15 de abril de 1974), páginas 2.203-6; en *Physical Review Letters*, vol. 37, N.º 14 (4 de octubre de 1976), págs. 879-82, y en su tesis *Casuality Violation in General Relativity* (Universidad de Maryland, 1976). No es de ningún modo responsable del uso que he hecho de la idea, especialmente porque me he alejado mucho de su modelo matemático.

Del mismo modo, el concepto de vida en un pulsar procede de una entrevista con Frank Drake, publicada en la revista *Astronomy* de diciembre de 1973, págs. 5-8, y de una conferencia que pronunció en la reunión de 1974 de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia. Él también es un científico de gran reputación que no presenta su idea más que como una especulación. Por otra parte, puedo haber cometido terribles errores técnicos de los que él no es responsable.

Mi agradecimiento a ambos científicos por permitirme utilizar sus ideas. Sólo espero que aparezcan aquí sin demasiadas magulladuras.

Partes de los capítulos II y XXIII aparecieron de forma algo diferente en el número de otoño de 1977 de *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, en un cuento titulado *Joe-llé*, copyright 1977, de Davis Publications, Inc.

Tengo una deuda especial con Karen Anderson, Mildred Downey Broxon, Víctor Fernández Dávila, Robert L. Po-ward, Larry J. Friesen, David G. Hartwell y Sandra Miesel

por sus sugerencias, sus informaciones y su ayuda, en general. Varias cosas buenas de este libro se deben a ellos. Las cosas malas las inventé yo solo.

Poul Anderson

## 1

YO era un abedul, blanca esbeltez en medio de una pradera, pero no sabía designar lo que era. Mis hojas bebían de la luz del sol que fluía por ellas y hacía brillar su verde, mis hojas bailaban en el viento que convertía mis ramas en un arpa, pero yo no veía ni oía. La decadencia de los días me volvía dorado y quebradizo, el hielo me desnudaba, la nieve se arremolinaba a mi alrededor durante mi larga somnolencia, y luego Orión cazaba a su presa más allá de este cielo y el sol corría hacia el Norte para despertarme con su resplandor; pero yo no sentía nada de esto.

Y sin embargo, yo lo notaba todo, porque vivía. Cada una de mis células sentía de manera secreta cuando el cielo brillaba ruidosamente por vez primera y después se aquietaba, el aire pasaba en ráfagas, saltaba o descansaba soñando, la lluvia traía frío y risas, el agua y los gusanos hacían su trabajo para mis raíces extendidas, los pajarillos picaban donde yo los albergaba, susurrando, la hierba y los dientes de león me envolvían en riquezas, la tierra se estremecía, mientras la Tierra giraba entre las estrellas. Cada año, al partir, dejaba en mí un anillo, como recuerdo. Aunque no tenía conciencia, yo estaba aún en Creación y pertenecía a ella; aunque no comprendía, sabía. Yo era Árbol.

## 2

CUANDO la *Emissary* atravesó el pórtico y Febo volvió a brillar en el firmamento, la mitad de la docena de tripulantes que habían sobrevivido se encontraban reunidos en la sala común, junto con el pasajero de Beta. Después de su larga ausencia, querían contemplar el regreso en las pantallas visoras más grandes que tenían y compartir una ceremonia, levantando copas del último vino de a bordo para brindar por un feliz regreso al hogar. Los que estaban trabajando hicieron llegar sus voces por el intercom. *Salud. Proost. Skol. Banzai. Saude. Zdoroviye. Prosit. Mazel tov. Santé. Viva. Aloha.* Cada palabra hablaba de un lugar muy especial.

Desde su puesto en el ordenador de enlace, Joelle Ky susurró, en nombre de los que habían quedado atrás para siempre, *Zivio*, por Alexander Vlantis, *Kan bei*, por Yuan Chichao; *Cheers*, por Christine Burns. No añadió nada propio, pensó que era una sentimental incurable y confió en que nadie la hubiese oído. Su mirada fue hacia una pequeña pantalla que podía proporcionarle datos visuales, en el caso de que fueran necesarios. Metida entre los contadores, los controles, los indicadores de carga y descarga que se amontonaban en la cabina, parecía una ventana abierta al mundo.

«Mundo», pensó, significaba «universo». La ampliación estaba en el punto uno, revelando simplemente lo que hubiese visto el ojo. Pero había tantas estrellas y tan brillantes, diamantes, zafiros, topacios, rubíes de brillo rojo, que la obscuridad que había alrededor y detrás de ellas era co-

mo un cáliz. Aun en el Sistema Solar, Joelle no hubiese podido distinguir constelaciones en semejante tropel. Pero la forma de la Vía Láctea cambiaba poco con respecto a las noches en América del Norte. Con ese brillo helado como guía encontró un resplandor fantasmal que era M31; tenía el mismo aspecto desde Beta, también, porque es hermana de toda nuestra galaxia.

Con todo, sintió la necesidad súbita de una visión más familiar. Su necesidad de la tranquilidad que le daría la sorprendió... ella, la holoteta, para quien todo lo visible era sólo un velo que cubría la realidad. Los últimos ocho años terrestres debían de haberla desgastado más de lo que suponía. Poco dispuesta a aguardar las horas, quizá los días, hasta ver nuevamente Sol, hizo correr los dedos por el teclado que tenía enfrente, dirigiendo la antena para que enfocara a Febo. Por lo menos le había echado una ojeada al salir y había visto incontables fotos suyas a lo largo de su vida.

El casco estaba ya en su cabeza, la conexión con el ordenador, el banco de memoria y el instrumental de la nave. En cuanto deseó esa zona celestial en particular, estuvo calculada. Para ella, esa operación era cotidiana; era como saber mover una mano para coger una herramienta, o como saber de dónde proviene un sonido. No tenía nada de mágico.

La escena enfocó un sector diferente. Apareció un disco ligeramente más grande que Sol observado desde Tierra o Luna, algo más amarillento, tipo G5. Luminosidad fotosférica diez por ciento mayor que la recibida por Tierra, que había sido detenida automáticamente para que no la cegara. Los resplandores menores no habían sido velados, de modo que distinguió manchas en la superficie, el nácar de la corona, esbeltas alas de luz zodiacal. *Sí —pensó—; Febo tiene la misma clase de belleza de mi sol. Centro no la tiene, y sólo ahora siento cuan solitaria era esa carencia.*

Sus dedos se adelantaron, pidiendo una imagen de Deméter. Ese problema lo hubiese podido resolver su cerebro, sin ayuda. Al haber efectuado el tránsito recientemente, la *Emissary* flotaba cerca del pórtico y tenía una posición Lagrange 4 con respecto al planeta, en la misma órbita, pero 60 grados más adelantado. La antena sólo debía recorrer la eclíptica para encontrar lo que ella deseaba.

A una distancia de 0,81 unidades astronómicas, sin ampliar, Deméter se parecía a las estrellas que había a su alrededor, más intensa que la mayoría y más azul que cualquiera. *¿Todavía estás allá, Dan Brodersen?* —se preguntó Joelle, y después—: *Oh, sí debes de estar. Yo he estado fuera ocho años, pero sólo han pasado unos pocos de tus meses.*

¿Cuántos, exactamente? No lo sé. Fidelio no está seguro.

El anuncio general del capitán Langendijk interrumpió su ensoñación.

—Atención, por favor. Hemos registrado la presencia de dos naves en nuestros radares. Una es, obviamente, la embarcación de vigilancia oficial, que solicita circuito de comunicación. Dejaré el intercomunicador abierto, pero os ruego que no interrumpáis la conversación y no hagáis ruidos innecesarios. Será mejor que no sepan que estáis escuchando.

Por un momento, Joelle se sintió desconcertada. ¿Por qué tomaría precauciones, como si el retorno de la *Emissary* no fuera una razón para el regocijo universal? ¿Por qué aparecía esa nota de tensión en su voz? La respuesta le llegó desde dentro. Había sido indiferente a los problemas de las facciones, apenas existían para ella, pero cuando la reclutaron para esta tripulación, no pudo dejar de escuchar historias de disputas e intrigas. Brodersen le había explicado los hechos con bastante severidad, hechos que con frecuencia habían sido tema de conversación en Beta. Una considerable coalición dentro de la humanidad nunca había deseado esta expedición y no se alegraría de su éxito.



Dos naves, ambas presumiblemente en órbita alrededor de la máquina T. La segunda debe de ser la de Dan.

—Habla Thomas Archer, comandante de la nave de vigilancia *Faraday*, de la Unión Mundial —dijo una voz de hombre. Su castellano tenía el mismo acento que el de Joelle—. Identifíquese.

—Willem Langendijk, comandante de la nave de exploración *Emissary* —respondió su capitán—. Acabamos de pasar, camino al Sistema Solar. ¿Podemos comenzar la maniobra?

—¿Qué? Pero... —Evidentemente, Archer estaba atónito—. Bueno, en realidad parece que... ¡Pero todo el mundo suponía que el viaje duraría años!

—Así fue.

—No. Fui testigo de su tránsito. Eso fue hace... esto... cinco meses, no más.

—Aja. Por favor, comuníqueme la fecha y la hora de hoy.

—Pero... ustedes...

—Por favor. —Joelle podía imaginar muy bien la dureza de la expresión de la cara de Langendijk, a tono con su sequedad.

Archer leyó las cifras en un cronómetro. Ella solicitó al banco de memoria la hora exacta que era cuando, junto con sus compañeros, habían terminado de recorrer el sendero hasta aquí y se habían lanzado en espiral por el espacio-tiempo hacia su desconocido destino. La resta dio un intervalo de veinte semanas y tres días. Con la misma facilidad habría podido decir cuántos segundos o microsegundos habían transcurrido en la vida de Archer, pero sólo había suministrado información en minutos.

—Gracias —dijo Langendijk—. Para nosotros han pasado ocho años terrestres. Diríase que la máquina T es una especie de máquina del tiempo, además de un transportador espacial. Los betanos —los seres a quienes seguimos— calcularon nuestro derrotero para que llegáramos cerca de la fecha de nuestra partida.

El silencio vibraba. Joelle notó que tenía más conciencia de la habitual del ambiente que la rodeaba. En caída libre, un flojo arnés de seguridad sujetaba su cuerpo ingravido. La sensación era agradable, y le recordaba los tiempos en que soñaba que volaba, cuando era joven. (Después sus sueños habían cambiado, con su mente y su alma, cuando se había transformado en holoteta.) El aire que salía de un ventilador murmuraba y acariciaba sus mejillas. Tenía un ligero olor a madera verde, a causa de las sustancias químicas recicladas, y, en la presente etapa de variación necesaria para la salud, era fresco y un poco picante, por los iones. Su corazón resonaba con fuerza en sus oídos. Y, sí, los calambres en su muñeca izquierda se habían transformado en un dolor constante; tenía que reforzar su tratamiento para la artritis, el tiempo pasaba, el tiempo pasaba. Probablemente ni los mismos Otros podían cambiar eso...

—Bueno —dijo Archer en inglés—. Que me aspen. Esto..., bienvenidos. ¿Cómo están?

Langendijk cambió al mismo idioma, en el que se sentía un poco más cómodo y que, de hecho, se usaba a bordo de la *Emissary* con tanta frecuencia como el castellano.

—Perdimos tres tripulantes. Pero por lo demás, capitán, puede creerme, traemos noticias estupendas. Además de estar deseando llegar a casa, usted lo comprenderá, estamos deseando contar nuestra historia a toda la Unión.

—¿Encontraron...? —Archer calló, como si temiera decir el resto. Era muy posible que sintiera temor. Joelle oyó como respiraba hondo antes de lanzarse—: ¿Encontraron a los Otros?

—No. Lo que encontramos fue una civilización avanzada, no humana, pero amistosa, que está en contacto con muchos mundos habitados. Están deseando establecer relaciones estrechas también con nosotros; nos ofrecieron tratos que a mi tripulación y a mí nos parecen fabulosamente buenos. No; no saben más que nosotros acerca de los Otros, pero conocen más pórticos que han aprendido a

usar. Pero nosotros, las próximas generaciones humanas, tendremos bastante tratando de asimilar lo que los betanos pueden aportarnos.

»Y ahora, capitán, si me disculpa... comprendo que le gustaría oírlo todo, pero eso nos llevaría días y, de todos modos, tenemos órdenes de no demorarnos. El Consejo de la Unión Mundial ordenó esta misión y debemos informarle en primer término. Es razonable, ¿no? Por lo tanto, solicitamos autorización para proseguir hacia el Sistema Solar.

Nuevamente, Archer guardó silencio unos instantes. ¿Sentiría algo más que sorpresa? En un impulso, Joelle conectó los circuitos exoinstrumentales de la nave. La inmediata aparición de los datos la sedujo. No era una percepción completa, pero dentro de lo posible, ¡qué fácil, qué bendición comprender el cosmos en su totalidad, asimilarse a él! Resistiéndose, se concentró únicamente en el radar y la información de navegación. En menos de un instante calculó cómo hacer aparecer la *Faraday* en su pantalla.

No había ninguna razón especial para eso. Sabía qué aspecto tenía la nave de vigilancia: un cilindro gris, puntiagudo, capaz de aterrizar en un planeta, con el lanzamisiles y el proyector de rayos ocultos en su esbeltez... totalmente diferente de la enorme y frágil esfera erizada de aparatos que era la *Emissary*. Cuando la imagen cambió, no la amplió para hacer visible la nave situada a mil kilómetros. En cambio, la imagen de dos globos de brillo mate, rojo y verde, que aparecían en la pantalla contra las estrellas, se apoderó de ella. Eran balizas, cercanas a la máquina T. Los Otros las habían puesto allí. Sus sentidos ampliados le dijeron que otra similar se distinguía en la pantalla receptora: era de color ultravioleta.

Vagamente, escuchó a Archer:

—¿...Cuarentena?

Y a Langendijk:

—Bueno, si insisten, pero pasamos ocho años andando por Beta y tenemos con nosotros a un betano, y nadie ha

enfermado. Pinski y de Carvalho, nuestros biólogos, estudiaron el tema y me dijeron que el contagio interracial es imposible. Bioquímicas demasiado diferentes.

Absorta por las balizas, dejó de escuchar por completo. Oh, seguramente, un día ella, la holoteta, podría comunicarse de mente a mente con sus autores, si alguna vez los hallaba.

Aunque, ¿qué harían con *ella*, quizá en más de un sentido? Quizá, aún la apariencia física no fuera totalmente irrelevante para ellos. Era una cosa rara para hacer en estas circunstancias, pero por primera vez en más de una década, Joelle Ky consideró brevemente su cuerpo como carne, no como maquinaria.

A sus cincuenta y ocho años terrestres de edad, sus ciento setenta y cinco centímetros se conservaban esbeltos, por no decir flacos, su piel clara y pálida, apenas arrugada. En eso y en los pómulos salientes, sus genes habían conservado algo de la historia que también recordaba su apellido: había nacido en América del Norte, en lo que quedaba de los Estados Unidos antes de que se federaran con Canadá. Sus rasgos eran delicados, sus ojos grandes y oscuros. Su cabellera, antes negra, cortada por debajo de las orejas, tenía la tonalidad del hierro. Vestía el uniforme de fajina de la nave, un mono con abundantes bolsillos y presillas; pocas veces llevaba algo más elegante cuando estaba en casa.

Sonrió fugazmente. Me estoy poniendo tonta. ¡Si algo es seguro, es que ninguno de los Otros vendrá a hacerme la corte! ¿Será el recuerdo de Dan, allá en Deméter? Más tonterías. Pero si en Beta me volví ocho años mayor que él...

Por alguna razón eso le recordó a Eric Stranathan, el primer y último hombre de quien se había enamorado plenamente. Atravesando un cuarto de siglo —más los ocho años de esta misión— volvió, sentado frente a ella en una canoa en el lago Louise, entre montañas, aire perfumado

por los pinos, bajo un cielo nocturno casi tan vasto como el que rodeaba a la *Emissary*, y mirando hacia arriba, ella susurró:

—¿Cómo verán estos los Otros? ¿Qué significará para ellos?

—¿Qué son? —respondió él—. Animales que han evolucionado más que nosotros; máquinas que piensan; ángeles que moran junto al trono de Dios; seres o un ser de una clase que nunca hemos imaginado, que nunca podremos imaginar ¿o qué? Los humanos nos lo estamos preguntando desde hace más de cien años.

—Llegaremos a saberlo —aseguró ella con orgullo.

—¿Gracias a la holotética? —preguntó él.

—Quizá. Si no, por medio de... ¿quién sabe? Pero creo que lo lograremos. Tengo que creerlo.

—Quizá no deberíamos intentarlo. Me parece que no volveremos a ser los mismos. El precio puede resultar demasiado elevado.

Ella se estremeció.

—¿Quieres decir que renegaríamos de todo lo que tenemos aquí?

—Y de todo lo que somos. Sí; es posible. —Su querida silueta alargada se movió, meciendo la barca—. Y no me gustaría. Me siento tan feliz donde estoy, en este momento...

Esa fue la noche en que se hicieron amantes.

Joelle se sobresaltó. Basta. Sé sensata. Ya sé que los Otros me obsesionan. Al ver nuevamente su obra, al servicio de los humanos, se debe de haber destapado algún manantial en mi interior. Pero Willem tiene razón. Los betanos serán suficientes para muchas generaciones de mi raza. ¿Lo sabrán los Otros? ¿Lo habrán previsto?

Se escandalizó un poco cuando notó que hacía varios minutos que no atendía al intercomunicador. En general, no era dada a la introspección ni a las ensoñaciones. Quizá había sucedido porque estaba conectada al ordenador. En

esas ocasiones un operador se transformaba, en orden de magnitud, en el matemático y lógico más grande que hubiese vivido nunca en la Tierra, antes de que se desarrollara esa conjunción. Pero el operador seguía siendo un simple mortal, lleno de necedad humana. *Supongo que mi hábito de concentración total mientras estoy en este estado se apoderó de mí. Como no estoy habituada a tratar con emociones, me descontrolé.*

Marginalmerite, sabía que estaba discutiendo. Prestó atención y oyó que Archer declaraba:

—Muy bien, capitán Langendijk, nadie previo que ustedes volverían tan pronto..., si volvían, para decirle la verdad... y, por lo tanto, no tengo órdenes concretas para este caso. Pero mis superiores me dieron instrucciones y orientaciones generales.

—¿Ah, sí? —replicó el capitán de la *Emissary*—. ¿Y cuáles son?

—Bueno..., ejem... Algunas personas muy influyentes están preocupadas por algo más que la posibilidad de que traigan un microbio raro a la Tierra. La cuestión es que no saben qué es lo que pueden traer. Mire, no estoy insinuando que un monstruo se haya apoderado de su nave y finja ser usted..., nada paranoico como eso.

—¡Mejor así! En realidad, señor, los betanos..., es el nombre que les damos nosotros, por supuesto..., los betanos no sólo son amistosos sino que están deseosos de conocernos bien. Por eso comerciarán con nosotros en condiciones que de otro modo serían increíblemente favorables. Consideran que saldrán ganando.

La cautela respondió:

—¿Qué?

—Sería largo de explicar. Hay algo vital que esperan aprender de nosotros.

La frase se enroscó en Joelle. Algo que yo misma nunca aprendí realmente y que posiblemente nunca aprenda.

La voz de Archer le arrebató el pensamiento de un golpe.

—Bueno; quizá. Aunque creo que eso confirma mi punto de vista; nadie puede decir cuál será el efecto sobre... nosotros. Y la Unión Mundial, como usted sabe, no es muy estable. Usted piensa informar directamente al Consejo...

—Sí —dijo Langendijk—. Seguiremos hasta las cercanías de la Tierra, llamaremos a Lima y pediremos instrucciones. ¿Qué tiene de malo eso?

—¡Demasiado público! —exclamó Archer. Y después de unos segundos—: Mire, no estoy autorizado a decir gran cosa. Pero los funcionarios que mencioné quieren, ejem, recibir su informe de forma privada, examinar sus datos, esa clase de cosa, antes de publicar un comunicado de prensa. ¿Entiende?

—Hum, tenía mis sospechas —retumbó Langendijk—. Siga.

—Bueno, considerando las circunstancias, etcétera, voy a interpretar mis órdenes así: lo acompañaremos por el pórtico, hasta el Sistema Solar. Por supuesto, trabajaremos nuestros autopilotos por radio, para estar seguros de que saldremos simultáneamente. Usted no se comunicará con nadie más que con nosotros, por un canal sellado. Nosotros nos ocuparemos de todo lo demás... hasta que le digamos otra cosa. ¿Está claro?

—Demasiado claro.

—Por favor, capitán, no quiero ofenderlo, nada de eso. Debe entender que es un asunto importantísimo. Las personas que son, ejem..., responsables de millones de vidas humanas, tienen que ser cautelosas. Incluyéndome a mí, para empezar.

—Sí; admito que está cumpliendo con su deber, tal como lo entiende, capitán Archer. Además, tiene los medios.

La *Emissary* llevaba un par de cañones, pero casi como una idea de último momento; sus oficiales de control de fuego eran también los pilotos de lanzamiento. Aunque po-